

una civilización. Con ella se relaciona el sistema de los valores de estas civilizaciones. — ENRIQUE GÓMEZ ARBOLEYA.

COLE (G. D. H.): *The Idea of Progress*, en «The British Journal of Sociology», vol. IV, núm. 3, septiembre de 1953, (págs. 266-285).

En profesor Ginsberg, en su interesante ensayo sobre *La idea del progreso*, lo define como «desarrollo o evolución en una dirección que satisface criterios racionales de valor». El progreso, pues, es un cambio para mejorar, pero cambio que implica continuidad.

El ensayo del profesor Ginsberg se refiere al «progreso» en un sentido particular o, más bien, en el más general de los sentidos que pueden atribuírsele. Se ocupa del progreso de la Humanidad manifestado en la Historia Universal y pasa revista a las ideas de todos los grandes sociólogos que, desde Turgot a nuestros días, han afirmado la existencia de una tendencia en la raza humana a mejorar su condición general y han profetizado su avance futuro.

Fué común al grupo entero de los optimistas que han dejado su huella en el pensamiento social de los siglos XIX y XX, la profunda creencia en la virtud salvadora del conocimiento. Estaban convencidos, no ya de que el conocimiento era bueno en sí mismo y satisfacía un deseo humano hondamente arraigado, sino de que su avance habría de producir efectos beneficiosos. No hay que olvidar que escribían de una época en que los descubrimientos y las innovaciones técnicas, en el campo de la naturaleza, hacían esperar que los mismos métodos podrían ser adaptados a las «ciencias sociales» que, rescatadas de los interminables conflictos de la especulación metafísica, se presentarían sobre la base firme del descubrimiento de las «leyes sociales».

La libre comunicación de las ideas hacía posible pensar que nunca más habría de acontecer que el oscurantismo y los privilegios impidieran que la educación se convirtiera en una fuente de verdad y no en un medio de adoctrinamiento de las inveteradas supersticiones y creencias, convenientes a los intereses adquiridos del privilegio y de la opresión. Además, al ganar en ciencia, los hombres crecerían también en

virtud y en estatura moral, porque las malas acciones, según ellos, más eran consecuencia de la ignorancia que de las malas intenciones.

La creencia en la certidumbre del progreso humano existe en todas las filosofías de la Ilustración —de Kant a Condorcet— y de ellas pasó al siglo XIX reapareciendo de muchas formas en las filosofías de Hegel, Saint-Simón, Comte, Marx, Herbert Spencer y otros muchos teóricos sociales. Todos coincidían en que existía una «ley» de progreso que actuaba en la Historia humana y conducía a la humanidad a su culminación, a una racionalidad superior, que sería también en determinado sentido ético un modo *mejor* de organizar los asuntos comunes de los hombres. La naturaleza de esta «ley» era diversa para cada uno de ellos. Todos también, como apunta el profesor Ginsberg, coincidían en la idea de unidad o de unificación: una razón, un bien, una naturaleza humana fundamental y un medio de realizar su potencialidad total.

Históricamente, este modo de aproximarse al problema desde el ángulo de un destino de la humanidad, está estrechamente vinculado a la idea de la paternidad de Dios. La noción de que el hombre tiene un destino que cumplir, está históricamente asociada con la de que el mundo es el lugar donde se realizan los designios divinos, y el progreso de la humanidad es, por ende, el despliegue de la voluntad de Dios sobre la tierra y no se ve afectado por los defectos de la naturaleza humana, lo que hace posible una sociología optimista a la vez que una psicología pesimista.

¿Qué sucede a esta doctrina al desaparecer la concepción de la influencia omnipotente de Dios? Que se presentan tres alternativas. O invocar a otro agente que sustituya la actuación del *deus ex machina* anterior, o buscar apoyo en una psicología más optimista, lo que supone la capacidad de la humanidad para progresar por sí misma sin intervención divina, o buscar fundamento al optimismo no en la naturaleza de los individuos, sino en el carácter de las relaciones sociales en que se desenvuelven, considerando, en definitiva, a la sociedad más que al individuo, como capaz de bien. Marx y sus seguidores e ligieron la primera, pero, cronológicamente antes, Godwin y otros propugnaron la segunda, identificando el egoís-

mo con la naturaleza. Con leves variaciones, fué también la ruta de Condorcet, Saint-Simon y, en cierto modo, Comte. La tercera posibilidad, cerrada a los hombres de la Ilustración, sólo pudo cumplirse en el pensamiento del siglo XIX.

Naturalmente que, para afirmar el progreso, cada pensador tuvo que considerar una época mejor que otra y hacerlo en base a un criterio, a un logro o a una conquista, de los nuevos tiempos. Sea lo que fuere, ni la igualdad, ni la rectitud, ni la distinción entre medios y fines nos aparecen hoy como valores tan tajantes como a los que los propugnaban. Ciertamente son conceptos plausibles y en gran medida se han impuesto contemporáneamente, pero ello no basta para entronizarlos como principios directivos del movimiento histórico entero, ni proporciona base profunda para proclamar la certeza de su continuación como fuerzas principales en la configuración del futuro. Y por lo que hace a la ciencia, al aumento de saber y conocimiento, si estamos dispuestos a mantener que es un «bien», aunque pueda producir, como es innegable, buenos y malos resultados, tenemos que dar razones válidas para defender esta afirmación.

Cole disiente del argumento que sostiene la beatitud del «estado de inocencia» y está conforme con que el conocimiento fáctico y el conocimiento del bien y del mal, no son dos clases de conocimiento radicalmente separadas, una buena para los hombres y la otra mala, sino relacionadas de tal manera que los hombres no pueden ir adelante sin apoyarse en ambas, y por esto necesarias para la vida del hombre en sociedad. Si se nos permite calificar de bueno al conocimiento, no sólo por sus usos prácticos, sino también en sí mismo, disponemos de un elemento particular en la historia humana al que podemos aplicar la noción de progreso. Desde luego que los pensadores cuyas obras examinó el profesor Ginsberg hubieran negado este razonamiento, porque, para ellos, era posible *conocer* el bien a la manera como es posible conocer un hecho, y conocer el bien era también sentirse impulsado a obrar según él.

Pero, ¿qué es el bien? Si el «bien», en relación con los hombres y la sociedad, significa simplemente lo que ayuda a satisfacer los deseos de los hom-

bres, podemos, estudiando lo que los hombres desean, llegar a conclusiones sobre lo que toda sociedad debería pretender. Pero todos los hombres no desean las mismas cosas y, por si ello fuera poco, sus deseos son no sólo diferentes, sino también contradictorios.

Es indudable que en toda sociedad humana conocida, en cualquier estadio de desarrollo en que se encuentre, existen distinciones socialmente reconocidas entre el bien y el mal, pero casi nunca coinciden con las de las demás sociedades y, por otra parte, tales distinciones cambian de contenido cuando cambia la sociedad a que están referidas. Son, puede decirse, relativas a las condiciones de la sociedad en que se dan, pero permanecen constantes como atribuciones del valor. Lo que se considera bien o mal, varía; la naturaleza esencial de la atribución permanece inalterable.

En todas las sociedades, también, existe una necesidad de justicia que implica el juicio moral. Cuanto más crece la sociedad, más reglas necesita y más importante se hace la justicia para sus miembros. Puede haber normas diversas para los diferentes grupos o clases de una sociedad, porque la concepción de la justicia no excluye el privilegio, pero se pide siempre ser tratado justamente, lo que elimina el capricho y el favoritismo.

Si existe un criterio racional de progreso social, es precisamente la tendencia a la justicia y, conforme a la descripción del profesor Marshall, ha habido en nuestra actual civilización occidental tres estadios sucesivos en esta tendencia. El primero abarca la gradual aceptación de un derecho a la igualdad ante la ley, juntamente con la libertad personal y la abolición de la esclavitud; el segundo, la gradual extensión de los derechos políticos, especialmente el del voto, y el tercero, en pleno desarrollo en nuestros días, implica la petición de derechos económicos y de seguridad social.

Estos desarrollos pueden ser llamados progreso, porque comprenden un claro avance moral hacia la realización de la «sociedad perfecta», organizándola más sobre una base de reciprocidad y reconociendo el derecho de cada individuo a ser tratado como un fin y no meramente como un medio. Ahora bien, donde los grandes optimistas vieron unidad, nosotros vemos pluralidad.

Nos damos cuenta de que el progreso *general* depende de un número de factores que no varían de consuno necesariamente, ni se mueven tampoco en la misma dirección.

En resumen, aunque es posible establecer un criterio racional, o criterios racionales, del progreso humano, no es posible hoy día formular ninguna teoría general del progreso examinando la historia del hombre. En nuestra presente situación, el determinismo que antiguamente era inseparable del optimismo se ha convertido en el aliado del pesimismo. No debemos, pues, basar nuestras esperanzas en el progreso que pueda conseguirse por el movimiento inexorable de una ley histórica, sino en nosotros, en nuestros hijos y en los hijos de nuestros hijos, que haremos mejor o peor el mundo según la buena voluntad, el entusiasmo y la ciencia con que nos enfrentemos a las tareas del presente y del futuro.—SALUSTIANO DEL CAMPO URBANO.

CAIN (Stanley A.): *Food and People; A Second Look at Malthus' Principle of Population*, en «The Journal of Politics», volumen XIII, núm. 3, agosto, 1951.

La tesis malthusiana de crecimiento geométrico de la población y de crecimiento aritmético de las subsistencias, un día rechazada en casi su integridad al sentarse que Malthus había subestimado —lo que evidentemente es cierto— las mejoras y adelantos técnicos en los métodos de producción de bienes, ha vuelto a reaparecer cuando se descubrió que también había habido una subestimación de los posibles progresos de la medicina en la reducción de las muertes precoces y, consiguientemente, en la ampliación del período medio de la vida humana.

Hoy parece efectivamente cierto que, según Malthus predijera, el mundo es capaz de duplicar su población en veinticinco años. El problema es, por tanto, y esta es a la vez la tesis del artículo, el de incrementar las subsistencias mediante la ayuda técnica a los países poco desarrollados económicamente y el de concebir un mejor sistema de distribución internacional de la riqueza que permita un día dar por resueltas cuestiones absurdas en su generalidad,

como el formidable espectro que siempre se cierne sobre la economía de los Estados Unidos, del hundimiento de los precios agrícolas por la superproducción de artículos alimenticios que, irónicamente, ha de combatirse hoy mediante la restricción de las áreas cultivables.—M. ALONSO OLEA.

BIRNBAUM (N.): *Conflicting interpretations of the rise of Capitalism: Marx and Weber*, en «The British Journal of Sociology», vol. IV, número 2, junio 1953 (págs. 125-141).

Marx y Weber, cronológicamente separados por menos de medio siglo, se ocuparon de la fundación de la ideología, como variable independiente, en la evolución social. El primero, sobre todo, en el famoso capítulo XXIV de *El Capital*, publicado en 1867; el segundo, en 1904, fecha de la aparición de *La Ética Protestante y el espíritu del Capitalismo*, que fué el primero de una serie de estudios suyos sobre las relaciones de la ideología religiosa con la evolución social, publicados en *Religionssoziologie* y resumidos posteriormente en el capítulo final de su *Historia Económica General*.

Ambos, Marx y Weber, fueron muy influidos por la tendencia historicista del pensamiento social alemán que, culminada con Hegel, sostenía que la existencia social es un proceso y que cada época histórica y cada estructura social es única y debe entenderse mediante leyes referidas exclusivamente a ella. Ambos también, cada uno a su modo, rompieron con estos postulados. Marx rechazó la interpretación predominantemente idealista que hacía el historicismo del contenido del proceso social, asegurando que los acontecimientos decisivos se producían en el reino de las relaciones sociales y no en el plano de la evolución de las ideas, y asimismo la unicidad total de las épocas históricas y de las estructuras sociales. No obstante, conservó el sentido historicista de proceso y transformación. Weber, especialmente en *Wirtschaft und Gesellschaft*, intentó formular algunas categorías generales aplicables a todas las épocas históricas, pero su agudo sentido del contraste histórico procedía de su raigambre historicista. Gran parte de la obra de Weber no fué sino pues-